

  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

### **François Soyer, *Antisemitic Conspiracy Theories in the Early Modern Iberian World. Narratives of Fear and Hatred* (Leiden: Brill, 2019).**

**Elisa Caselli**

*Universidad Nacional de San Martín*

*ecaselli@unsam.edu.ar*

*Fecha de recepción: 16/11/2020*

*Fecha de aprobación: 20/11/2020*

**C**onspiraciones, complots o conjuras existieron a lo largo de la historia, algunos pasaron casi inadvertidos, mientras otros alcanzaron consecuencias trascendentales. Lo cierto es que, exitosas o fracasadas, muchas conspiraciones fueron verdaderas, realmente existieron. Sin embargo, otras tantas, no. No obstante, aunque se tratara de meras invenciones, es decir, que nunca franquearan el umbral de ser una “teoría conspirativa”, no por ello dejaron de desempeñar un papel destacado y efectista.

Una de las características más comunes de estas teorías es la de acusar a un colectivo determinado de haber *conspirado* para provocar daños —a veces acontecimientos terribles, incluso catastróficos— a la sociedad en su conjunto, con el fin de lograr un beneficio propio. Cargar las culpas sobre un único responsable simplifica la explicación de lo acontecido, ocluyendo de manera notoria las complejidades que sin dudas atraviesan cualquier realidad social. El hecho de imputar la completa responsabilidad de tales sucesos a un grupo preciso conlleva siempre un pro-

pósito oculto: justificar agresiones y diatribas contra el colectivo acusado. Pero para que esa acusación encuentre eco en la sociedad debe, ante todo, resultar *creíble*. Se apela, por lo tanto, a concepciones profundamente enraizadas, capaces de garantizar su aceptación, es decir, capaces de hacer que la mayoría vea en los acusados a los verdaderos perpetradores del crimen conspirativo. Una vez logrado esto, cualquier acción contra los designados responsables no solo será justificada sino, incluso, celebrada.

Los judíos han sido muchas veces acusados de conspirar, en contra del resto y en beneficio propio, por supuesto. Sin considerar las diferencias en su interior, se unificó y culpabilizó al colectivo en su totalidad. Y, como “culpables”, se los castigó. Las consecuencias de tales castigos siempre fueron trágicas, siendo la *Shoah* el exponente más siniestro y extremo. Sin embargo, aunque las acusaciones de conspiración contenían un trasfondo similar —esto es provocar el mal al resto de la sociedad, en provecho del conjunto judío— las imputaciones nunca fueron exactamente las mismas. En efecto, los hechos criminales atribuidos han ido cambiando por la sencilla razón de que debían resultar creíbles en el momento y en el lugar donde dichas acusaciones se lanzaran. Así, en los siglos XIX y XX, se los acusaba de pretender adueñarse del mundo, a través del poderío financiero o, en el otro extremo, de querer extender el comunismo a nivel mundial, pues denunciar que el propósito de los judíos era instaurar el reinado del Anticristo en la tierra, como se hacía en los siglos bajomedievales, hubiera resultado, en tal contexto, menos creíble.

No obstante lo extendido de tales acusaciones contra judíos a lo largo de la historia, en diferentes contextos y períodos, no siempre se los pensó en términos de “conspiración judía”. La tendencia dentro de la historiografía había sido hasta ahora ubicar el origen de su carácter conspirativo hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX. En su obra ya clásica, Norman Cohn, luego de un repaso por los calificativos despectivos que recibían los judíos en la Antigüedad y por las persecuciones sufridas por la minoría durante los siglos medievales, afirmaba que el mito de la conspiración judía mundial representa una adaptación moderna de aquellas antiguas tradiciones. Estas nuevas expresiones habrían cobrado forma a partir de la Revolución francesa y el inicio del siglo XIX, como consecuencia de los cambios vertiginosos y las tensiones sociales por las que atra-

vesaba la Europa de entonces<sup>1</sup>. Es precisamente en este aspecto clave donde reside el gran mérito del libro de François Soyer, a través de una rica y variada documentación, el autor logra demostrar que, al menos desde mediados del siglo XV, en la península ibérica existía ya una profusa circulación de teorías conspirativas que veían en los judeoconversos (a quienes se seguía considerando como judíos) a los conspiradores.

Se trata de un trabajo metodológicamente impecable. Por un lado, basa sus afirmaciones en fuentes que sin dudas las respaldan: literatura antijudía, procesos inquisitoriales, crónicas e historias, tanto impresas como manuscritas. Los documentos inéditos se conservan en distintos repositorios de España y de Portugal, a los que se agregan la Bibliothèque Nationale de France (París) y la British Library (Londres); mientras que, las fuentes impresas citadas superan los doscientos títulos. Respecto de las fuentes, hay un aspecto que merece ser destacado: el autor se sirve en varias ocasiones de sermones impresos y de narraciones de Autos de Fe, que incluyen los discursos allí pronunciados; los primeros habían sido transmitidos con anterioridad de manera oral, mientras que los segundos, como es sabido, refieren a ceremonias presenciadas por un público nutrido. Para una sociedad en su gran mayoría analfabeta, utilizar registros documentales de estas características, lejos de constituir un detalle, adquiere una relevancia importante a la hora de justificar la difusión y propagación de las teorías conspirativas estudiadas. A todo ello se suma una extensa bibliografía, suficientemente amplia en sus perspectivas y actualizada. Cabe destacar, asimismo, que el autor no restringe su estudio al ámbito peninsular, sino que, de manera muy atinada, incluye en él a las jurisdicciones de ultramar, tanto españolas como portuguesas, ofreciendo un panorama global de la abundante propagación de los mitos conspirativos.

Por otro lado, Soyer ofrece precisiones conceptuales, que resultan tan pertinentes como necesarias, al tratarse de términos que tienen tras de sí largos debates, como son antisemitismo o racismo. Reconoce que la mayoría de los historiadores que han estudiado las persecuciones en la Europa medieval y moderna temprana han criticado el uso de la expresión “antisemitismo” para describir cualquier situación anterior al siglo XIX, prefiriendo “antijudaísmo”. Sin embargo, según el autor, este concepto no logra contener la naturaleza específica del sentimiento *anticonverso* en

---

1 Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial* (Buenos Aires: Alianza, 1988 [1967]), 17-19.

el mundo ibérico moderno temprano, en especial, porque en ese período ni en España ni en Portugal había judíos (recordemos que habían sido expulsados de dichos reinos en 1492 y 1497, respectivamente). Agrega que, en los discursos y retórica anticonversa, “judío” y “converso” se utilizaban de manera indistinta e intercambiable, basándose en que el judaísmo se transmitía de manera hereditaria y biológica, por lo cual se puede argumentar que se habría producido allí una transformación, en un sentido funcional, hacia un equivalente del concepto moderno de raza. Siguiendo a Hering Torres, quien sostiene que han existido manifestaciones previas de la idea de raza, con significados históricos diferentes, que habrían contribuido a “procesos de racialización”, es decir, distintas formas de racismo —o *racismos*—, Soyer se pregunta si no podría aplicarse un idéntico criterio para el antisemitismo. Propone, entonces, pensar el antisemitismo, no como un concepto monolítico, sino cambiante. Postula la existencia de *antisemitismos*, en plural, con acepciones históricas diversas. En el contexto estudiado y en particular con relación a los conversos, continúa el autor, se produjo una asociación específica entre un determinismo genealógico con un antijudaísmo religioso más tradicional; mezcla que algunos historiadores describen como “antisemitismo religioso”. El autor afirma que, en gran medida, acuerda con este punto de vista y es la razón por la cual, con ese sentido de matiz, emplea la expresión antisemitismo (p. 7).

La explicación no solo es clara, sino sumamente válida. Ahora bien, si, como el mismo Soyer explica, *raza*, *casta* y *nación/nação* se utilizaban en el período como sinónimos e indistintamente, es evidente que no era equiparable al significado que “raza” tendría en el siglo XIX. Asimismo, y como demostrará a lo largo de su libro, los principales argumentos de los polemistas referían a conspiraciones para destruir la cristiandad desde adentro, en un claro sentido religioso —no “racista”— identificando a los conversos como judíos, como más arriba se dijo. Entonces, ¿por qué denominarlos del mismo modo, dotándolos de un sentido teleológico? ¿Por qué deben presentarse necesariamente como anticipatorios del racismo y el antisemitismo decimonónicos? ¿Por qué no interpretar a los polemistas bajo la luz de sus propias referencias e intereses? Sin ánimo de incidir en discusiones tan vastas, algo que por lo demás excedería largamente el marco de esta reseña, entendemos que las preguntas recién formuladas son pertinentes porque, precisamente, Soyer realiza, de manera detenida y cuidadosa, un respetuoso análisis de sus fuentes, sin adjudicarles en ningún momento otra intencionalidad que no fuera la expresada por sus autores. Auto-

res que, huelga decirlo, no solo desconocían los cambios semánticos posteriores, sino que entendían sus categorías como inmanentes a la religión y, por lo tanto, inmutables. Al margen de que, probablemente, imaginaran un futuro diferente.

El libro se organiza en seis capítulos, a los que se suman una introducción y un final con conclusiones; la obra contiene tres mapas y cuatro figuras ilustrativas. A través de los distintos capítulos, Soyer analiza las teorías conspirativas presentes en los discursos anticonversos, en el largo período que abarca los siglos XV al XVIII, cuestionando e interpretando los motivos de tal perdurabilidad. En ellos demostrará que estas teorías conspirativas no eran la mera perpetuación de un folclore popular antijudío o simples mitos que databan de la época medieval, sino que adquirieron nuevas características y significaciones en el mundo ibérico durante el período temprano moderno. Y lo hace sin descuidar sus alcances e intencionalidades, ponderando hasta qué punto se encontraban o no apoyados por las autoridades eclesiásticas y seculares.

En primer lugar, se dedica a examinar las teorías conspirativas —en términos generales, es decir, no limitadas al caso estudiado— a las que describe como uno de los fenómenos sociales más complejos y controversiales. Luego de ofrecer precisiones etimológicas y de mencionar algunas conspiraciones “famosas y reales”, como el resonado caso Watergate, Soyer señala que para comprender la cultura del *conspiracionismo* resultan cruciales las “conspiraciones imaginadas”. Se trata de aquellas cuyos autores, obsesionados con un supuesto plan secreto y maléfico por parte de los conspiradores, se encuentran convencidos de su existencia y nada, absolutamente nada, podría persuadirlos de lo contrario. Ellos entienden que cualquier acontecimiento responde a intencionalidades ocultas, pergeñadas siempre por el conjunto sospechoso. Y así lo difunden. De allí que el autor se pregunte si quienes creen en estas teorías conspirativas se hallan sujetos a una especie de paranoia colectiva, o si el conspiracionismo puede definirse como un estado mental o emocional colectivo e incluso si es posible que este exista. Considera que tales interrogantes resultan clave para comprender la función social de las teorías conspirativas (p. 24). Tras un repaso por las principales nociones de “estado mental colectivo”, Soyer afirma que dicho concepto resulta un tanto vago, pues no proporciona una base científica satisfactoria que permita distinguir un estado mental o emocional colectivo de la expresión colectiva del mismo.

En este sentido, continúa el autor, la conceptualización de las emociones como construcciones sociales, formadas a partir de un contexto cultural y de la interacción humana, propuesta por la historia de las emociones, ofrece un marco teórico dentro del cual estas pueden ser analizadas desde un punto de vista que trascienda lo personal. No obstante, y a pesar de los avances teóricos logrados en la disciplina, concluye que las emociones colectivas siguen siendo problemáticas, más aún cuando se observan en el contexto de la teoría de la conspiración. De todas maneras, más allá de que fuera o no posible estudiarlas históricamente, Soyer afirma que existe un hecho innegable y es que las autoridades eclesiásticas y seculares en el mundo ibérico de la modernidad temprana creían firmemente que las emociones colectivas existían (p. 29). Por tal razón, en su trabajo se preocupa por destacar las dimensiones emocionales y psicológicas en los discursos anticonversos, en la medida en que aquellos que los produjeron trataron de explotar ansiedades religiosas, sociales y económicas para insuflar *miedo* al supuesto peligro judío y *odio* a los conversos. Era precisamente en tales discursos donde se engendraban y difundían las especulaciones que solo veían en los conversos a *judaizantes* (y, por ende, a traidores) que pretendían destruir la cristiandad desde dentro. En el contexto particular del proceso de confesionalización esta cuestión adquiría una singular relevancia, tanto religiosa como política: los conversos *conspiraban secretamente* contra los cimientos de la sociedad. He aquí el punto clave que le permite a Soyer, con total fundamentación, interpretar dichas diatribas como “teorías conspirativas”.

Si bien Soyer se recuesta sobre una amplia bibliografía, como ha sido dicho, en su repaso de las diversas interpretaciones vinculadas a la psicología, se advierte la ausencia de una importante corriente que en la Francia de las décadas de 1960 y 1970 realizó trabajos pioneros sobre lo que denominaron “psicología histórica”, “psicohistoria” o “historia psicoanalítica”, donde se hacía referencia a “emociones” y “sensibilidades colectivas”<sup>2</sup>. Se echa en falta sobre todo una referencia a Jean Delumeau, quien en su clásico y voluminoso estudio sobre el miedo en Occidente<sup>3</sup>, analiza precisamente los miedos colectivos y el papel “docente” de la Iglesia en la difusión de tales miedos, en un sentido similar al propuesto por Soyer. El autor francés dedica buena parte de su libro a

---

2 Entre los principales representantes de estos estudios destacan Robert Mandrou, Alain Besançon, Jean Delumeau y Emmanuel Le Roy Ladurie.

3 Jean Delumeau, *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada* (Madrid: Taurus, 2002 [1978]).

los judíos y a los conversos<sup>4</sup>, citando incluso a Francisco de Torrejoncillo, uno de los teóricos analizados en *Antisemitic Conspiracy*. Por lo tanto, se ha perdido allí un antecedente, a mi juicio clave, que podría haber enriquecido aún más la excelente obra de Soyer.

A lo largo del libro, se analiza pormenorizadamente cómo y por qué medios, siempre según las acusaciones de conspiración, los conversos llevarían adelante su cometido. En este sentido, el autor no descuida ninguno de los aspectos que para los contemporáneos resultaban cruciales: la participación de los conversos en un complot anticristiano a nivel mundial y la confabulación con enemigos extranjeros; la profanación de objetos religiosos sagrados y la infiltración en instituciones religiosas y seculares, para dañarlas desde adentro; asimismo, su desempeño como médicos, profesión de la que se servirían para cometer asesinatos; y, por supuesto, la intencionalidad judeoconversa de destruir las economías española y portuguesa.

Respecto a las acusaciones de conspiración anticristiana universal, Soyer se ocupa de realizar un minucioso recorrido de los principales tópicos que circularon en la península desde el período visigodo. Entre ellos, una de las imputaciones más graves y de mayor perdurabilidad fue la relacionada con las cartas apócrifas —cuyos facsímiles se incluyen— que supuestamente habrían intercambiado los judíos de Toledo con los de Constantinopla y donde con claridad se expresaban penurias de las que se lamentaban los judíos toledanos y la respuesta de los de Constantinopla, quienes recomendaban destruir a los cristianos a través de los medios más arriba mencionados. Además de indagar sobre los probables orígenes de las falsas epístolas, el autor analiza con detenimiento su influencia, mostrando cómo fueron empleadas en calidad de testimonio y prueba fehaciente del supuesto complot, en los siglos posteriores, incluso hasta finales del siglo XIX, no solo en la península ibérica, sino también en Francia —allí la supuesta correspondencia habría existido entre los judíos de Arles y los de Constantinopla—. A continuación, y en un sentido asimismo diacrónico, explora el temor que pretendía insuflarse hacia un figurado proselitismo judío que, como bien señala, ha generado extensas discusiones historiográficas sobre distintos períodos. En la temprana Edad Moderna, se denunciaba un judaísmo militante que no se dirigiría sólo hacia los conversos, para hacerlos volver a su anterior religión, como se decía en el siglo XV, sino que se

---

4 Delumeau, *El miedo en Occidente*, en varias partes de su libro, pero en especial: 423-470.

temía que los cristianos viejos se convirtieran a la Ley de Moisés. Estas actividades proselitistas constituían a los ojos de los autores de los discursos anticonversos una de las maneras mediante las cuales los cristianos nuevos buscaban dañar a la cristiandad desde su interior.

Otra forma clave de menoscabo residía, claro está, en las profanaciones. Aunque los cristianos viejos pudieran cometer sacrilegios, ello no impedía que el crimen fuera percibido como “un delito por excelencia ‘judío’” (p. 124). En este sentido, sobresale el análisis que Soyer realiza sobre obras conservadas no solo en la península ibérica, sino en el amplio espacio de la Monarquía Hispánica —son dignas de destacar las imágenes que se incluyen, cuyos creadores se esmeraron por mostrar a conversos flagelando el cuerpo de Cristo—. Al autor le llama la atención, y con razón, que en algunas de estas obras los hombres que azotan al Mesías no fueran representados como soldados romanos, sino que se hallan vestidos con ropa europea del siglo XVIII y —como un vínculo directo con la iconografía judía medieval— algunos portan sombreros que parecieran indicar se trata de judíos. No puedo menos que coincidir con la interpretación de Soyer. En mi trabajo, he hallado, asimismo, numerosas imágenes que reproducen la escena de la crucifixión (elaboradas sobre todo en el siglo XV) donde quien le clava la lanza a Cristo no está ataviado como soldado romano, sino como judío<sup>5</sup>. Sin embargo, y hasta donde he podido ver, se trata de un aspecto absolutamente trascendente e interesante y al que no se le ha prestado la suficiente atención. De hecho, el libro de Soyer es el primer caso que encuentro.

La inserción en la Iglesia y demás instituciones representaba sin dudas otra de las vías privilegiadas que, según quienes denunciaban la gran conspiración de conversos, estos utilizarían para destruir a los cristianos. Contra estos fantasmas se instaurarían los conocidos *estatutos de limpieza de sangre*, los cuales disponían que ningún converso ni sus descendientes pudieran acceder a cargos u oficios. Tras una primera elaboración en el siglo XV, tales disposiciones se extenderían durante la centuria siguiente, imponiéndose en casi todas las instituciones civiles y eclesiásticas. Como es sabido, numerosos conversos lograron igualmente acceder a infinidad de cargos y oficios, merced a dispensas obtenidas que borraban cualquier pasado “sospechoso”<sup>6</sup>. Se

---

5 Elisa Caselli, *Antijudaísmo, pouvoir politique et administration de la justice. Juifs, chrétiens et convertis dans l'espace juridictionnel de la Chancillería de Valladolid (XV<sup>e</sup> - XVI<sup>e</sup> siècles)* (Lille: Université Lille 3, 2016) en especial, 117-123.

6 Como muy bien señala Jean Pierre Dedieu: “Quien dice prohibición dice dispensa; quien dice dispensa dice dinero, mucho dinero.” Y no se refiere sólo a los sobornos destinados a quienes elaboraban los informes preliminares, sino



sabe también que, en la práctica, los estatutos se transformaron en una herramienta, entre otras, para ser empleada en luchas políticas y enfrentamientos facciosos de diversa naturaleza. De todos modos, aunque dichas restricciones resultaran, en cierta medida, “un fraude”, pues se pervertían en muchos casos “las intenciones primitivas”<sup>7</sup>, y provocaran encendidos debates, su importancia radica en su pervivencia y en la perdurabilidad de la noción sobre la cual se fundaban: los convertidos portaban el “mal” en su sangre y, al igual que los judíos, buscarían destruir a los cristianos. Y es esta idea conspirativa y persistente de los estatutos la que el autor consigue demostrar.

Con idéntica rigurosidad, Soyer examina cómo estos mitos conspirativos fueron empleados, asimismo, en conflictos políticos para desacreditar al adversario, siendo el caso del Conde-Duque de Olivares el más notable en este sentido. Los enemigos del inteligente valido de Felipe IV —entre quienes sobresale el genial Francisco de Quevedo— se valieron de sus proyectos para recuperar la Hacienda Real, que entre otros aspectos contemplaba una vinculación financiera con los conversos residentes en Portugal<sup>8</sup> —con el fin de contrarrestar la dependencia con los banqueros genoveses— para acusarlo en distintas oportunidades de, por ejemplo, pretender derogar el edicto de 1492 y permitir el culto de los judíos. El tema es retomado en el último capítulo, cuando se describen las condiciones económicas del siglo XVII, la importancia de las redes comerciales de conversos portugueses y su participación en operaciones crediticias. En este sentido, el autor expone con suma claridad la mecánica de la fiscalidad y el financiamiento de la Corona, donde desempeñaban un papel crucial los asientos<sup>9</sup> convenidos principalmente con conversos. Las elevadas tasas de estos contratos, al margen de que no eran los asentistas quienes recibían la mayor proporción de

---

sobre todo a las *habilitaciones* [venta de dispensas especiales sobre sentencias inquisitoriales]. Jean Pierre Dedieu, “¿Pecado original o pecado social? Reflexiones en torno a la constitución y a la definición del grupo judeo-converso en Castilla”, *Manuscripts* 10 (1992): 70-71.

7 Enrique Soria Mesa, “La nobleza en la obra de Domínguez Ortiz, una sociedad en movimiento”, *Historia Social*, 47 (2003): 9-27.

8 Aportamos un dato que Soyer omite en su libro y es que la propuesta de hacer tornar a Castilla a los grandes mercaderes conversos residentes en Portugal existía con anterioridad al reinado de Felipe IV, baste para ello recordar la fervorosa defensa de esta idea (y de los conversos en sí) presentada, en 1619, por Martín González de Cellorigo en su *Alegación en que se funda la iusticia y merced que algunos particulares del Reyno de Portugal, que estan dentro y fuera de los confines de España, piden y suplican a la Catolica y Real Magestad del Rey don Felipe Tercero nuestro señor, se les haga y conceda*.

9 Recordemos que se trataba de contratos crediticios que el Tesoro Real firmaba con financistas, con el fin principal de cubrir salarios militares, proveer de vituallas y equipamiento a las tropas.

esos intereses, hacía que se los considerara como “esponjas” que pretendían absorber la riqueza de España y se los acusara de integrar un complot para destruir su economía.

Es conocido el significativo papel desempeñado por los judíos en el ejercicio de la medicina. A pesar de las restricciones y suspicacias expresadas en las disposiciones —que, entre otras medidas, prohibían a los judíos dar remedios o brebajes a los cristianos—, durante el período medieval, casi todos los médicos eran judíos y atendían incluso a los propios reyes. Tras la expulsión, la práctica pasaría a estar en manos de los cristianos nuevos (aunque paulatinamente, los cristianos viejos se formarían también en medicina), pero, al heredar la profesión, heredaron asimismo la desconfianza. Soyer no descuida este aspecto clave, al que dedica un capítulo, en el cual indaga la importancia que en los discursos de los teóricos conspirativos tuvieron los médicos conversos como protagonistas del “complot judío” para matar impunemente a cristianos.

De igual modo, no podían estar ausentes del análisis las acusaciones que señalaban a los conversos como colaboradores de los principales enemigos de España y Portugal. Con relación a los protestantes, las imputaciones ofrecen un amplio abanico que iba desde su influencia en los inicios mismos de la gran ruptura, hasta actuar como espías a favor del enemigo. En efecto, el autor afirma que “muchos propagandistas antisemitas de la temprana Edad Moderna en España y Portugal llegaron a representar a los diversos movimientos protestantes como maquinaciones inspiradas por los judíos o el judaísmo” (p. 196). De la misma manera, los conversos serían acusados, por ejemplo, de favorecer a los holandeses en los ataques perpetrados sobre Brasil. Aunque el contexto era sumamente complejo, en la narrativa de los teóricos de la conspiración, el espionaje por parte de los conversos se realizaba en una sola dirección: contra los intereses de España y Portugal, con el propósito de beneficiar a sus enemigos. De algunos hechos reales, como la existencia de una comunidad sefardí en Ámsterdam y las redes de comerciantes conversos a nivel global, surgió una teoría de conspiración de proporciones épicas que involucraba una trama organizada secreta de casi todos los conversos establecidos en el Nuevo Mundo (p. 228).

En síntesis, se trata de un excelente trabajo de investigación. Soyer demuestra cómo las teorías conspirativas analizadas en los sucesivos capítulos, de las que predicadores y eclesiásticos participaron activamente, insuflando miedo y odio hacia los conversos, mostrándolos como

“enemigos esquivos” pero omnipresentes a la vez, permitían reforzar la idea de una comunidad imaginada, unida en su adhesión al catolicismo ortodoxo. Si bien advierte sobre los riesgos de establecer comparaciones entre el mundo ibérico de la temprana Edad Moderna con el antisemitismo del siglo XIX y en especial, con la Alemania nazi, el autor ofrece a lo largo del libro una serie de sugerencias al respecto sumamente interesantes, que son retomadas en las páginas finales y que, sin lugar a dudas, invitan a seguir reflexionando.